

su arrugado rostro, como los relámpagos iluminan los negros pliegues de las nubes que esconden la tempestad.

Con un rapidísimo movimiento sacó de su pecho un afilado cuchillo, cortó la cuerda de que pendía el cuerpo del Sabueso, arrojó al pozo la linterna y desapareció por la escalera de la prision.

El cuerpo de Bernardo se precipitó como una masa inerte, á impulsos de su propio peso, hasta el fondo del pozo, y en el sótano reinó por algunos momentos el silencio más profundo.

### La tragedia.

A la mañana del dia siguiente no estaba deshabitada en la calle del Carmen *La Flor del Olvido*.

En una pieza del entresuelo, contigua á aquella en que habia recobrado su salud el doctor Antunez, hallábase éste conversando en voz muy baja con Navarro el pintor.

En los semblantes de los dos amigos se reflejaban muy diversas impresiones.

Antunez estaba animado y hablaba con creciente calor, mientras en Navarro se advertia una marcada expresion de temor y de duda.

—¿Qué me contestas? ¿Apruebas mi plan y te decides á acompañarme? preguntaba Antunez.

—Te acompañaré á donde quiera que vayas, respondió Navarro; pero no cesaré de repetirte que es una insigne locura lo que intentas.

—Lo será; pero yo no puedo vivir con la idea de que Margarita me crea culpable, y mucho ménos toleraré que continúe viviendo al lado de Adela.

—¿Y cómo has de impedirlo? Además, ¿no tienes para justificarte un medio mejor que el de ir á meterte en la boca del lobo?

—¿Y eso quién lo ha de saber? ¿Quién podrá denunciarme donde nadie me conoce?

—¿Quién? Tú mismo; un movimiento, una palabra, un gesto, una imprudencia de las mil que los enamorados cometen á cada minuto.

—No, no me descubriré, replicó Antúnez; y á favor de mi disfraz, tendré ocasion de hablarla y explicarla mi conducta.

—Si cuando hayas realizado tu deseo llegara el señor de Ferreira á sospechar que te encuentras en su casa...

—Buscaría mil razones para aclarar su antiguo error.

—Por muchas que buscaras, ¿crees que hallarías alguna suficiente á convencerle de que no eras el perseguidor de su mujer? Y no hablemos de esta señora, que á esta fecha cree firmemente que te batistes con su marido porque la amabas; librate de la tentación de verla, porque de seguro te compromete.

—Ya te he dicho que solo quiero hablar unos instantes con Margarita. Por otra parte, la determinación del Sabueso hará tambien difícil que me descubran. Bernardo tiene planes que no me ha querido revelar, y no sé por qué ha encargado á su madrina, que para

él y para mí busque disfraces perfectamente iguales.

—¿Pero tú crees que el pobre Sabueso se halle esta noche en disposición de dejar la cama?

—Lo está ahora mismo; no hay dos naturalezas tan fuertes como la de ese hombre. Desde ayer está descansando y reponiéndose de las crueldades que con él han cometido estos días, y ya lo tienes en disposición de abandonar el lecho para volver á sus ordinarias tareas.

—¿Qué particular es cuanto me has referido de ese hombre!

—¡Oh! ¡Y si pudiéramos averiguar todo lo que él nos oculta! Porque la verdad es que solo sabemos lo que la tía Morella ha visto.

—¿Y dices, preguntó Navarro, que el Sabueso desea que tu disfraz y el suyo sean iguales?

—Así se lo ha encargado á su madrina; pero en esto no creo que haya otra intención que la de evitar que me descubran, y acaso no piensa mal. El Sabueso muestra tambien gran deseo de ver á Margarita.

—¿Qué hombre tan extravagante y tan misterioso! A este punto de su diálogo llegaban nuestros amigos, cuando se presentó en la estancia la tía Morella preguntando:

—¿Duerme el Sabueso?

—Así parece,—contestó el doctor.

—¡Pobre muchacho!—exclamó la veterana;—me alegro de que descanse. Pues ya están cumplidos todos sus encargos. Aquí están los billetes de ustedes dos y el suyo, para asistir al baile de esta noche, y abajo

tengo para Vd., D. Modesto, un lujoso dominó negro, de seda, con lazos blancos, y para mi ahijado otro enteramente igual; van ustedes á parecerse como dos gotas de agua. En cambio, para Vd., señor pintor, tengo otro que es todo lo contrario: va Vd. á parecer una paloma ó un palomo entre dos cuervos.

Antunez y Navarro se miraron silenciosamente.

En el fondo de la mirada del doctor habia un destello de alegría; en los ojos de Navarro descubriase la tristeza de un presentimiento doloroso.

La tia Morella no fijó su atencion en estas miradas.

Sonaban las doce de la noche en los relojes de Madrid, hora en la cual espiraba el día 21 y comenzaba el 22 de Febrero de 1846, que era Domingo de Carnaval.

A aquella hora debia dar principio el baile de máscaras con que obsequiaban á sus amigos los señores de Ferreira.

La dueña de la casa no se habia presentado aún á sus numerosos convidados, que en alegres grupos invadían los salones, ensordeciéndolos con la bulliciosa algazara que en estos saraos suele ser compañera inseparable del antifaz.

Adela permanecia en sus habitaciones reservadas, tomándose el tiempo que creia necesario para dominar las emociones que agitaban su corazón.

Por última vez, en los momentos en que vamos á sorprenderla en su retiro, acababa de revisar dos car-

tas que, por indiscreto que parezca, voy á poner en conocimiento de mis lectores.

La primera decia así:

«Señora: La fatalidad nos persigue: en el instante mismo en que cumpliendo las órdenes de Vd., *el sediento iba á aplacar su sed insaciable; cuando ya tocaba el agua sus lábios*, una turba de gente desconocida me ha sorprendido en mi propia casa, forzando las puertas y atreviéndose á llegar hasta el *último de mis escondites*. Fiel á los mandatos de Vd., *he cortado la cuerda de que pendía la postrera esperanza*, y he huido con la buena fortuna de no haber sido descubierto por mis perseguidores.

*Moralmente* he llenado todos mis deberes; *materalmente* no puedo decir lo que habrá ocurrido, aunque me temo, y se lo aviso, que hayan quedado burlados todos nuestros planes.

Para evitar las averiguaciones consiguientes, he abandonado aquella casa, salvando como por milagro las cantidades últimas de las realizaciones que he hecho por cuenta de Vd., y cuyo importe le he entregado religiosamente.

Estas cantidades, que aún obran en poder mio, las conservaré hasta nuestra vista, permitiéndome cobrar de ellas, por lo extraordinario de las circunstancias, el importe en que habíamos estipulado mis leales servicios.

Señora, queda á las órdenes de Vd. su apasionado  
y s. s. q. s. p. b.

JACINTO PEREZ.»

Mis lectores no necesitan explicacion alguna de esa carta, en la cual el agente de negocios habia subrayado las palabras en que queria fijar más la atencion de la de Ferreira. Lo único que haré notar, pues esto solo Adela y el Sr. Perez lo sabian, es que éste, cobrándose como lo habia hecho el importe de su agencia, se reservaba un precio doble de aquel en que habia ajustado la muerte del pobre Sabueso.

La segunda carta de las que habia recibido Adela, era más breve.

Hé aquí su contenido:

«La máscara que esta noche se presentará en el baile de los Sres. de Ferreira con un dominó negro adornado con lazos blancos, es el doctor Antunez. Prudencia y discrecion.»

Y esta carta no tenia firma.

Si mis lectores tienden la vista sobre lo que de esta historia conocen, habrán de convenir en que la situacion de Adela era excepcional, difícil y peligrosa.

Por esto, sin duda, en los momentos en que la volvemos á encontrar, un tinte sombrío cubre su semblante, y una tenaz preocupacion la retiene en sus habitaciones, á pesar de lo avanzado de la hora y de hallarse primorosamente ataviada para presidir la fiesta que se celebraba en sus salones.

Preciso fué que Ferreira viniese á advertirle que su falta se echaba de ver entre los convidados, para que saliendo de su involuntaria abstraccion, se apresurase á guardar aquellas cartas en el mismo secreter donde ocultaba las cuantiosas sumas que el agente de

negocios le habia proporcionado con larga cuenta y razon, y se decidiese á presentarse con su esposo resuelta á jugar el todo por el todo.

Debo haber dicho ya, y si no lo he dicho acúsome del descuido, que eran imponderables las riquezas y el buen gusto con que aquellos salones se habian adornado para la fiesta.

Figúrese el lector cuanto su fantasía pueda crear de más ostentoso, brillante y deslumbrador; fórjese en su mente un palacio espléndido, comparable solo con las mansiones encantadas de las *Mil y una noches*, y tendrá idea del lujo que se habia desplegado por los Sres. de Ferreira para el baile que iba á comenzar.

Y como en los saraos de esta clase las horas vuelan; como los sucesos se precipitan con una rapidez pasmosa, permóneseme que no haga largas descripciones, que ventajosamente suplirá la imaginacion del lector, y aprovechemos el tiempo en hablar, no del escenario, maravillosamente decorado, sino de los actores que en él se agitan y confunden, cubriendo unos la expresion de sus sentimientos con el antifaz de seda, otros velándola con sonrisas aún más impenetrables que el antifaz.

Adela no tardó en verse separada de su marido.

Tan luego como se presentó en los salones, las máscaras la rodearon por todas partes y la asediaron con sus dichos agudos, con sus delicadas bromas y con el incienso de la adulacion, porque á veces sucede que la adulacion se esconde hasta debajo de las caretas.

Ferreira no estaba ménos favorecido por sus con-

CAPILLA ALFONSO

vidados; pero al rico brasileño no le sonreía al presente la buena fortuna.

Densas nubes empañaban el cielo de su felicidad doméstica, y aquella noche las nubes escondían, al parecer, una terrible tempestad.

Adela se había presentado tarde y visiblemente contrariada á sus convidados.

Margarita aún no se había dejado ver en los salones.

La tardanza de la primera y la ausencia de la segunda, encerraban para el Sr. de Ferreira cierto misterio que no quería penetrar.

Adivinaba que en aquellas dos mujeres había sentimientos opuestos é irreconciliables, que acaso estaban á punto de turbar para siempre la dicha conque él había soñado.

Por esto, Ferreira, que no sabía disimular el estado de su alma, oía á los que se le acercaban sin poder alejar de sí la preocupacion de que estaba dominado, y que inútilmente trataba de ocultar.

No era aún la una de la madrugada, cuando entre las numerosas personas que llenaban el vestibulo de la casa del Sr. de Ferreira, se veía un grupo de tres máscaras, que procurando separarse todo lo posible de los demás convidados, hablaban secretamente y con el mayor misterio.

De estas tres máscaras, dos llevaban dominós negros, de seda, con lazos blancos, y la otra dominó blanco, de seda tambien, y adornado con lazos negros.

Al cabo de algunos minutos de haber conversado

entre sí las tres máscaras, una de ellas, la que llevaba dominó blanco, dijo:

—Pero eso es una traicion horrible que yo no puedo cometer.

—¿Es Vd. amigo del doctor? preguntó una de las máscaras de dominó negro.

—Sí.

—¿Lo es Vd. de Margarita?

—Sí.

—Pues en manos de Vd. se halla la felicidad de los dos. Además, ¿qué sabemos? del paso que va Vd. á dar acaso nada resulte. Yo tengo un plan que á todos nos favorece; si ella es dócil, y yo me prometo que lo será, lo que va Vd. á cometer no es una traicion, como Vd. dice, sino una buena obra que todos le agradeceremos.

La máscara del dominó blanco no escuchó más; se separó de las otras dos máscaras y penetró resueltamente en los salones, murmurando para sí:

—Si todos han de ser felices, hagamos este triste papel.

Quien hubiera reparado en los movimientos de la persona del dominó blanco, habria comprendido sin gran dificultad que no asistía al baile de los señores de Ferreira por disfrutar de los goces de esta reunion, sino que iba allí con un fin determinado, y que lejos de tomar parte en los encantos de la fiesta, le molestaba mucho la afluencia de gentes que por todas partes se oponían á la precipitada marcha que intentaba seguir.

La máscara del dominó, abriéndose paso brusca-  
mente entre las parejas que bailaban y la multitud que  
llenaba los salones, llegó por fin á uno de éstos en el  
cual se detuvo.

Allí estaba Adela, que en aquel momento, y des-  
pues de haber aceptado una de las muchas invitaciones  
que se le habian dirigido, bailaba un rigodon.

La máscara del dominó blanco avanzó hasta colo-  
carse detrás de Adela, y aprovechando un momento  
oportuno se inclinó hácia ella diciéndola en voz baja  
y con la libertad que la careta concede:

—Tengo que hablarte; la máscara del dominó negro  
con lazos blancos te espera.

Adela se estremeció.

Volvió los ojos hácia quien le anunciaba que era  
llegado el instante de la misteriosa cita que habia re-  
cibido, y le miró en silencio y con profunda descon-  
fianza.

La máscara comprendió el efecto que sus palabras  
habian producido, é inclinándose de nuevo hácia Ade-  
la, dijo:

—Nada temas, soy uno de tus mejores amigos; si  
cuando acabes de bailar aceptas mi brazo, nos aleja-  
remos de estos sitios, y donde nadie nos vea me des-  
cubriré á tí.

Adela, por medio de una mirada, admitió este ofre-  
cimiento.

El baile continuó, y la máscara del dominó blanco  
permaneció inmóvil junto al puesto de Adela, á quien  
no volvió á hablar.

Cuando sonaron los últimos acordes del rigodon, la  
de Ferreira hizo á su pareja un gracioso saludo, y dió un  
paso en ademan indeciso hácia la máscara del dominó.

Esta avanzó resueltamente, ofreció á Adela su bra-  
zo, y ambos fueron á confundirse entre los numerosos  
convidados hasta llegar á los últimos salones, donde la  
concurcencia era escasa y podian entenderse con entera  
libertad.

—Empiezo por pedirte perdon, encantadora Adela;  
dijo la máscara despues de asegurarse de que nadie la  
podia oír, por haberme atrevido esta tarde á dirigirte  
un anónimo en el que te avisaba la venida de Antúnez.

—Empiece Vd., repuso Adela, por decirme quién  
es, ó de lo contrario...

—¡Oh! no te alarmes, interrumpió la máscara del  
dominó blanco; ya que eres tan cruel que no me per-  
mites ni un momento de dulce libertad, mira quién soy.

Y la máscara volvió los ojos en torno de sí, vió que  
nadie la observaba, y dirigiéndose á Adela se levantó  
el antifaz.

La de Ferreira no pudo reprimir una exclamacion  
de sorpresa, y dijo:

—¡Navarro!

—El mismo, señora, contestó nuestro pintor cu-  
briendo de nuevo su rostro.

Mis lectores no habrán olvidado que Navarro era,  
de mucho tiempo atrás, el confidente íntimo de la de  
Ferreira.

—¡Oh! ¿Conque es verdad? ¿Conque es cierto que él  
está aquí? preguntó Adela balbuciente.

—¿Lo había Vd. dudado?

—¿Y viene?

—Viene loco de amor.

Por el semblante de Adela pasó un relámpago de felicidad seguido de una nube sombría.

El amor y los celos entablaban una lucha horrible en su corazón.

La imagen de Margarita acudió á su mente, y una duda cruel comenzó á mortificarla.

—¡Oh! pero yo no me explico... balbuceó

—Lo que Vd. no se explica, señora, él lo sabrá poner en claro con toda precisión. Si Vd. espera aquí unos instantes, no tardará en ver á su lado una máscara de dominó negro con lazos blancos, y esa máscara es él.

Navarro saludó, y sin dar lugar á nuevas preguntas se retiró, dejando á Adela suspensa entre un temor y una esperanza.

Pocos momentos despues se presentaron á la entrada del salon dos máscaras, una de dominó blanco con lazos negros, otra de dominó negro con lazos blancos.

Del pecho de Adela se escapó una exclamacion, é involuntariamente dió un paso hácia la puerta.

La máscara del dominó blanco empujó suavemente á la del dominó negro hácia el centro de la sala, y desapareció.

Adela y la máscara del dominó negro adelantaron una hácia otra hasta encontrarse, y Adela cogiéndose del brazo de la máscara, dijo:

—Vamos á otro sitio, aquí no estamos bien.

La máscara se dejó conducir, y pocos segundos despues entraban en un gabinete solitario, donde apenas llegaba el ruido de los salones.

Adela en aquellos momentos lo olvidaba todo; volvía á ser la mujer ardiente, apasionada, que en un instante inesperado veia realizarse sus ilusiones más queridas.

Temblosa y balbuciente se apoyaba aún en el brazo de la máscara del dominó negro, diciendo:

—¡Oh! me habian asegurado que te veria y lo dudaba; no me atrevia á esperar tanta ventura... Pero ¿por qué has venido á esta casa? ¿No sabes que aquí nos aguarda la muerte? Si mi marido, ese hombre brutal, nos descubriera, á los dos nos asesinaría. ¡Si supiera que tú... ¡cruel!... has humillado mi orgullo y mi dignidad de señora!

Y Adela al pronunciar esta reconvenccion, descansaba su cabeza en el pecho de la máscara del dominó negro; que silenciosa, experimentando un temblor visible, miraba á Adela con ojos de fuego, cuyo brillo se descubria á través de los huecos ojos del antifaz.

Adela sintió que la máscara se estremecía, miró sus ojos, vió en ellos un torrente de luz, y en aquel momento fué la mujer más feliz del mundo.

—Gracias, gracias, Antúnez, dijo con voz débil y estrechando más el brazo de la máscara; vienes á poner fin á esta lucha terrible en que arrastro mi honra, mi porvenir y mi vida. ¡Oh! sí, será lo que tú quieras; habla, una palabra tuya me hará romper todos

mis vínculos, todas mis obligaciones, y me verás loca de alegría huir contigo al fin del mundo, donde no me alcancen estos lazos que detesto, donde no vea esta sociedad que odio y maldigo. Respóndeme, Antúnez; dime lo que hemos de hacer.

La máscara del dominó negro continuó silenciosa, y Adela se irguió para mirarla de nuevo.

Las miradas de los dos se encontraron, y esta vez fué Adela quien se estremeció.

—En el silencio de la máscara, en el fondo de su mirada, en la intensidad del extraño fuego de sus ojos, habia algo que espantó á la de Ferreira, que la hizo temblar.

—¡Oh! ¿no me respondes, Antúnez? preguntó sintiendo en su pecho el frío de un secreto pavor.

La máscara se inclinó hácia ella diciendo en voz muy baja:

—Sí, te responderé. La mujer adúltera que manchó la honra de su primer marido; que pretende deshorrar al segundo; que es capaz de los mayores crímenes, no merece amor, merece el tremendo castigo que tú vas á sufrir.

—¡Oh! ¿quién es Vd? preguntó Adela espantada y deshaciéndose bruscamente de la máscara del dominó negro.

—Yo soy... ¡mira quién soy!

La máscara se arrancó su antifaz, y la de Ferreira lanzó un grito agudo exclamando:

—¡Bernardo!

—Sí, Bernardo. ¿Me creías muerto, no es verdad;

me creías muerto en el horrible suplicio que tú misma me habias dispuesto con tu infame cómplice?

—¿Qué intentas hacer?

—Vengarme de tí; vengar á los que por tí sufren.

—¡Insensato! ¿No piensas que tengo en mi mano perderte, y perder contigo al hombre que me engaña y á esa despreciable mozueta que protejes?

—Eso es lo que vamos á ver.

—No provoques mi ira; seré capaz de todo, repuso Adela sintiendo un arranque de ciego furor y dando un paso hácia la puerta que conducia á los salones.

El Sabueso corrió á impedir que saliera, exclamando:

—Detente, no es tiempo todavía, pronto lo será.

Adela entrevió en estas palabras un rayo de luz; creyó á Bernardo débil para luchar con ella en aquel momento, y queriendo ganar instantes que podian ser preciosos para su salvacion, separó al Sabueso con un movimiento rápido, y se acercó á la puerta gritando:

—¡Socorro!... ¡Favor!... ¡Un asesino!...

Bernardo se puso con precipitacion el antifaz, y empujando á Adela con violencia, salió del gabinete y volvió á los salones, sin ser sorprendido por los que ya acudian á los gritos de la de Ferreira.

—¡Oh! ¡Ahí vá!... ¡Detenedle!... exclamaba ésta despechada viendo escapar al Sabueso.

—Pero ¿quién es? ¿dónde está? preguntó Ferreira llegando sobresaltado á las voces de su mujer.

—No sé, dijo Adela llena de furor; un hombre...

un asesino infame que me ha traído hasta aquí, fingiendo ser uno de nuestros amigos...

—Bien, repuso Ferreira, yo lo encontraré; y haciendo sonar un timbre dió sus órdenes reservadamente á un criado que se presentó á la puerta, y que desapareció al momento para cumplir los mandatos de su señor.

—Ahora, añadió Ferreira dirigiéndose á las personas que habian acudido á los gritos de su mujer, conviene que el baile continúe como si nada hubiera sucedido; de lo contrario, despertariamos sospechas que es preciso evitar. Vamos, pues, señores, al baile, que pronto se habrá descubierto quién es el que ha osado turbar nuestra alegría.

Ferreira habia dado orden para que no se permitiera á nadie salir de su casa, y para que se avisara á los vigilantes del orden público.

Los convidados fueron alejándose del gabinete, hasta que al cabo quedaron solos Adela y su marido.

La noticia de que en el baile se habia deslizado una persona desconocida, un malvado, un ladron ó un asesino, como habia dicho Adela, circuló por todos los salones con pasmosa rapidez, y entre los convidados del Sr. de Ferreira se experimentaba esa curiosidad ansiosa, esa sobrescitacion que infunden los acontecimientos misteriosos cuando hacen presentir una catástrofe inmediata.

Ferreira ardia en deseos de vengar las amenazas que se habian hecho á su mujer, y para esto lo indispensable era descubrir á quien se habia introducido

en su casa con el propósito, segun los cálculos del mismo Ferreira, de robar á favor de la confusion que reinaba en sus salones.

—Tranquilízate, le decia á Adela, y dame las señas de esa máscara para que la podamos sorprender antes de que nos burle con alguna estratagema.

—Será capaz de ello, repuso Adela aturdida.

—¿Cómo! ¿Pero tú sabes quién es?

—Yo no, nunca le he visto.

—¿Y sus señas? ¿Reparastes qué traje tiene?

—Si, un dominó negro con lazos blancos.

—Con eso basta, dijo Ferreira; espérame aquí que pronto la encontraré.

Y separándose de Adela se dirigió á los salones.

Pero no habia llegado aún á la puerta del gabinete, cuando en ésta se presentó una máscara de dominó negro con lazos blancos.

Adela al verla dió un grito agudo y retrocedió espantada.

Ferreira, por el contrario, se precipitó sobre la máscara que acababa de aparecer, y asiéndola por un brazo fuertemente, la condujo al centro de la estancia preguntándole con tono amenazador:

—¿Quién es Vd?

La máscara, que se habia dejado conducir con la mayor impasibilidad, no contestó.

—He preguntado á Vd. quién es, repitió Ferreira sintiendo que su furor estaba á punto de desencadenarse.

Adela, que deseaba llegar pronto al término de su impremeditada venganza, exclamó:

—¡Arráncale la careta! Solo así le descubrirás.

La máscara del dominó permanecía quieta y muda como una estátua.

—¡Oh! Tienes razon, dijo Ferreira; á los infames se les descubre sin consideracion alguna.

Y con un movimiento rapidísimo, arrancó á la máscara el antifaz.

Lo que entonces sucedió apenas se puede describir.

Ferreira dió un paso atrás lanzando un rugido, y en este rugido articuló un nombre que llenaba su corazon de celos y de coraje.

—¡Antunez! exclamó.

Adela sintió que su sangre se helaba; una palidez mortal se extendió por sus mejillas, y cubriéndose el rostro con las manos, murmuró ahogada de despecho:

—¡Lo he perdido!

—¡Miserable! continuó Ferreira; ¿otra vez se introduce Vd. en esta casa para atentar á mi honra?

Antunez, pues efectivamente era él, habia permanecido hasta entonces impassible y mudo; pero al oír las reconvençiones de Ferreira, se apresuró á decir:

—Está Vd. en un error, Sr. D. Jáime; la explicacion de mi presencia aquí la da mi amor á Margarita.

—¡Margarita! ¡Mi hija! exclamó Ferreira sintiendo que se abrian nuevas heridas en su corazon.

Adela se estremeció visiblemente.

Una oleada de sangre subió á su cabeza, inyectó sus ojos, y su rostro, antes pálido como la cera, se puso encendido como el carmin.

El furor y los celos la arrebataron repentinamente.

Las palabras de Antunez habian caido en su corazon como gotas de plomo derretido.

Se veía burlada, escarneçada en su amor y en su orgullo de mujer por la confesion de Antunez, y aquel amor se trocaba súbitamente en inextinguible ódio.

La abierta declaracion de Antunez á Ferreira le arrancaba hasta la más remota esperanza, y con toda la violencia, con todo el apasionamiento de su ardiente carácter, se juró á sí misma perder al hombre á quien habia amado tanto; vengarse en el acto, y vengarse cruelmente.

—¡Oh! Es una impostura, exclamó sin dar tiempo á que D. Jáime volviera de su sorpresa; ese hombre es un villano, hace un momento pretendia de nuevo manchar mi honra con su amor. El que me ha perseguido con sus locas seducciones; el que tú castigastes por su osadia, ha vuelto á injuriarme aquí con las declaraciones de su pasion.

—¡Infame! prorumpió Ferreira con ronco acento.

Antunez no se movió.

—Acabemos de una vez, prosiguió Adela exaltada por su ciego arrebató; ese hombre que ayer me escribia sin cuidarse de los peligros de mi honor, hoy me persigue, me asedia por todas partes, y esto es preciso que concluya.

—Y va á concluir, dijo Ferreira reconcentrando toda su ira; está escrito que este infame ha de morir á mis manos, y la hora ha sonado ya.

En este momento dos nuevas máscaras se presentaron en el gabinete.

Una llevaba dominó blanco con lazos negros; otra dominó negro con lazos blancos.

Esta se adelantó diciendo:

—Esa hora, Sr. D. Jaime, ni ha sonado ni sonará.

Ferreira se volvió rápidamente preguntando:

—¿Y quién se atreve á interrumpirme así?

—Un amigo, que representa en este instante la justicia de Dios.

Y al pronunciar estas palabras la máscara se quitó el antifaz.

—¡El Sabueso! exclamó Ferreira.

—El mismo, todos nos vamos á entender al fin.

Adela, desde la presentacion de Bernardo, se habia quedado anonadada.

Sentia frio, temblaba de espanto y no acertaba á adoptar una resolucion.

Todo estaba perdido para ella; Bernardo debia ser implacable y no habia salvacion posible.

Un torbellino de ideas cruzaba por su mente, pero ninguna le ofrecia un medio probable de triunfo.

Entonces pensó huir, y ya iba á poner en ejecucion su pensamiento, cuando Bernardo se le colocó delante exclamando:

—¡Alto, señora! Ha llegado el momento de que ajustemos nuestras cuentas.

Ferreira no acertaba á explicarse lo que sucedia.

Antunez y Navarro, que imitando al Sabueso se

habia quitado la careta, permanecian silenciosos siguiendo como testigos mudos el curso de aquella escena cuyo desenlace no era fácil adivinar.

El Sabueso prosiguió:

—Perdone Vd., Sr. de Ferreira, si tan bruscamente impido que se nos escape esta señora: tengo sobre ella derechos que me permiten obrar así.

—¿Derechos Vd.? preguntó Ferreira mirando á Bernardo con adusto ceño.

—Vamós por partes. Ante todo, lea Vd. ese papel, que primero en fuego y después en agua ha estado á punto de perderse. Y hubiera sido un dolor, porque está escrito en toda regla.

D. Jaime tomó el papel que le daba Bernardo y en tanto lo leia, el airado trapero sujetó por un brazo á Adela que nuevamente intentaba escaparse.

—¡Quieta! dijo el Sabueso: ha llegado el momento de que acabemos de una vez.

Adela no supo qué contestar.

Cuando D. Jaime concluyó su lectura se volvió hacia ella exclamando:

—¡Oh! la traidora eras tú.

Y los ojos de aquel tigre, herido en lo más vivo de su amor y de su honra, lanzaron una llamarada de fuego, y él se precipitó hacia Adela que aguardaba temblorosa los efectos de la tempestad que rugia sobre su cabeza.

Bernardo salió al encuentro de D. Jaime y le detuvo.

—¡Un momento! dijo, el castigo de esa mujer debe ser obra mia: nadie tiene sobre ella la autoridad que yo.

— ¡Usted! exclamó Ferreira con nuevo asombro: ¿se ha vuelto Vd. loco?

— ¡Oh! no, señor, estoy muy cuerdo. La mujer que dió á D. Jaime Ferreira la mano de esposa, bajo el nombre de Adela Coto, le engañó vilmente, porque era ya casada y porque ocultó su verdadero nombre bajo el nombre supuesto que ahora lleva. Esa mujer se llama Consuelo Garcia, y su primer marido soy yo. Perdone Vd., pues, si reclamo ahora mis derechos: Vd. podrá perseguir á la ladrona miserable que le ha robado las joyas con que se engalana; yo tengo que pedirle más largas cuentas, y suplico á Vd. que sin dilacion alguna la deje venir conmigo.

— ¿Con Vd.?

— ¡Pues no! Con su primer esposo... ¿Duda Vd. todavía? Las pruebas están aquí, y el Sabueso sacó unos papeles y un retrato que puso en manos de don Jaime. Ahora, Consuelo la traperera, añadió dirigiéndose con amarga ironía á su mujer, disponte á seguirme.

— ¡Contigo!... ¡Jamás!...

Y Adela al pronunciar esta frase con toda la energia de su alma, huyó sin que el Sabueso pudiera evitarlo, hácia las habitaciones interiores donde tenia su departamento.

Aquella mujer corria loca, desesperada, presa de un horrible frenesí, como si la persiguiese un fantasma aterrador cuya presencia no pudiera soportar.

Amor, riquezas, vanidad, lujo, todo lo que habia llegado á constituir las ilusiones y el encanto hala-

güño de su vida, se evaporaba en un instante al soplo de la realidad más fria y más cruel.

El nombre para ella misma despreciable de *Consuelo la traperera*, zumbaba en sus oídos de un modo paoroso y aterrador.

Hubo para su corazón unos momentos de gigantesca lucha, de dolor tan supremo, que en ellos estuvo representada toda una eternidad de indecible martirio.

De repente, y hácia el lugar por donde habia huido Adela, resonó un grito agudo, desgarrador, uno de esos gritos de bárbara agonía que si una vez se oyen no se olvidan jamás.

Ferreira, seguido del Sabueso, de Antúnez y de Navarro, se precipitó en la direccion en que habia sonado aquel grito, y todos á un tiempo entraron en el gabinete en que Adela tenia su escritorio.

El espectáculo que se ofreció á la vista de aquellos hombres, les hizo retroceder de sorpresa y de espanto.

Adela estaba tendida en el suelo, inmóvil, sin vida.

Tenia un puñal hundido en su pecho y se bañaba en su propia sangre.

Antunez fué el primero en adelantarse, é inclinándose sobre Adela la reconoció detenidamente.

Al cabo de unos momentos se incorporó diciendo con voz alterada:

— Todo seria inútil. Está muerta.

Hubo un instante de silencio profundo, en el cual los corazones de aquellos cuatro hombres palpitaron bajo el influjo de sentimientos muy distintos.

Aquel silencio lo turbó una voz pura, argentina, que dijo desde fuera:

—¡Padre mio!

—¡Oh! Margarita, exclamó Ferreira; salgamos de aquí, que no vea este espantoso cuadro.

Y seguido del médico y del pintor, salió al encuentro de la jóven.

—¿Qué sucede, padre mio? preguntó turbada Margarita; acabo de sorprender conversaciones que me han llenado de temor.

—Sucede, Margarita, dijo Ferreira con acento triste, que la vida corre entre relámpagos de felicidad y torrentes de amargura. No me preguntes más ahora; alejémonos de aquí; y puesto que tú no has sido nunca dichosa, déjame el placer de que sea yo quien te coloque en el camino de tu ventura.

Y Ferreira se volvió hacia Antunez, que había mantenido á su espalda, sin ser visto de Margarita, y le dijo:

—Acérquese Vd., doctor; le confío á Vd. el tesoro de mi vida: que ella sea feliz, ya que su padre no lo puede ser.

Del pecho de Margarita se escapó un pequeño grito de sombro y de alegría, y un estremecimiento involuntario recorrió todo su cuerpo al sentir que su padre enlazaba su mano con la mano del doctor.

Mientras tanto el Sabueso, que había permanecido al lado del cadáver de Adela, solo, en muda contemplación, enjugó una lágrima que se escapaba de sus ojos, y murmuró con acento conmovido.

—¡Estás perdonada!... ¡Que te perdone Dios!...

## CONCLUSION.

Adela había muerto, dejando en el mundo dos corazones destrozados.

Uno el de Ferreira, el del lobo marino, que acaso por la primera vez de su vida había amado, cuando conoció á aquella mujer funesta rodeada de todo el prestigio de su hermosura, de su debilidad y de su desgracia.

Otro el de Bernardo, cuyo primero y único amor había sido la encantadora Consuelo.

Esta, con su afición al lujo, con sus ambiciones desmedidas, con sus ardientes pasiones, había arrastrado una existencia borrascosa, en la que el fausto y la ostentación apenas habían podido servir de dorada capa á las infinitas miserias de la realidad con que habían vivido en abierta lucha su conciencia y su corazón.

Ferreira y el Sabueso sorprendieron á la muerte de Adela muchos secretos vergonzosos de esta mujer; y, sin embargo, en lo más hondo de aquellos dos corazones quedó siempre el germen de un amor que los labios del marino y del trapero negaban, pero que misteriosamente debía acompañarles toda la vida.